

EDUCACION OBRERA

MAS ALLA DE LA TECNICA

Francisco G. Mardones

EL TRABAJADOR TAMBIEN ES HOMBRE

Del más superficial análisis del momento socio-económico que vive el país no se sustrae una destacada tendencia, una obsesión casi, predominantemente en ciertos elementos que intervienen en la producción, porque sea obtenido el mayor rendimiento posible del esfuerzo del trabajador; todas las miras, con muy limitadas excepciones, se dirigen hacia la máxima "fecundidad" del fenómeno puramente económico. Sólo priva la productividad, lo lucrativo; y el fenómeno social, lo humano, se posterga y diluye.

La azarosa realidad que vive Venezuela precisa, de modo inequívoco, el que se dé un toque de atención sobre la anterior anomalía ya que de persistirse en ella, de manera inconsciente tal vez, incurrimos en un evidente atentado contra la libertad productora y la dignidad del productor mismo. Y el daño será irreparable, porque habremos caído en una oprobiosa parodia de la conocida "Religión del Trabajo Productivo", instaurada por los regímenes totalitarios, sean comunistas o fascistas, bajo la égida del Culto a la Superproducción.

Es indudable que en la educación obrera y formación sindical se presentan, en forma muy acusada, numerosos problemas tanto de orden técnico-económico

como de índole eminentemente social. Al estar, unos y otros, íntimamente ligados y resultar, por lo general, conexos, la acción educativa debe ejercerse con la más racional simultaneidad, de lo social, lo económico y de lo técnico, para tratar de obtener resultados positivos, de satisfactoria plenitud. Siempre dando una indiscutible prioridad al fenómeno social; esto es, al productor considerado como hombre y no como elemento complementario, secundario y coadyuvante del fenómeno económico. El desarrollo humano es lo fundamental del proceso de la producción y su base, primordialmente social.

NO BASTA CON FORMAR TECNICOS

El concepto "formación profesional del trabajador" ha sido bastardeado constantemente, limitándolo, hasta centrar dentro de él, en forma predominante, al perfeccionamiento técnico de la mano de obra. A nuestro juicio dicha desviación y ese exclusivismo conceptual son disparatados y absurdos. No puede, lo tenemos que repetir insistentemente, considerarse al trabajador como simple instrumento utilizado por la producción para acrecentar el rendimiento del proceso de transformación de los elementos de la Naturaleza. Y de esa concepción tan utilitaria, brutalmente materialista, an-

tinatural e inhumana se está nutriendo la actual formación profesional en muchos países libres. He ahí el grave error que sólo podremos rectificar con una decidida acción eminentemente social, humana, en la que el trabajador encuentre la verdadera mística de los fines genuinos de la producción moderna. He ahí una de las más esenciales funciones del Estado y de los organismos profesionales: orientar, fomentar y dar rango verdadero a la cultura social dentro de la producción. Nadie podrá negar en Venezuela que se ha hecho muy poco o casi nada en este orden de actividades. El Estado no ha pasado, quizá por incipiente formación y preparación técnico-social de los funcionarios públicos, de crear un Despacho que no llega a ser sino una gran Inspectoría del Trabajo.

Los organismos profesionales por empirismo de sus dirigentes y carencia de medios pecuniarios la han abandonado también. Esta es la realidad, que las entidades interesadas en proporcionar educación socio-económica a nuestra clase trabajadora están desasistidas y se mantienen a costa de sacrificios personales y gracias al entusiasmo de sus propios integrantes.

No es, desgraciadamente, el problema, de orden económico exclusivamente; es de índole humana. Y su rectificación no se improvisa. Es cuestión de tiempo y perseverante trabajo. El Estado y los elementos de la producción deben tenerlo en cuenta. Y si no se procede a la creación y amplio mantenimiento, sin mezquindades, de Secretariados Sociales, Institutos de Ciencias Sociales del Trabajo, de Escuelas Normales Obreras y Universidades de trabajadores, subsistirán esas anomalías y el País, sin duda, marchará hacia un porvenir incierto.

LOS FALSOS DOCTORES

Hay hombres que se llaman "doctores". Muestran orgullosos su título universitario como expresión de su valor intelectual. El hombre no tolera que le digan que es tonto; el diploma de estudios superiores garantiza un elevado cociente intelectual. El "homo doctus" es la expresión de esta cultura de valores intelectuales.

Sin embargo, en nuestro momento actual, no abundan los hombres doctos a pesar de las abundantes graduaciones anuales. Nuestras Universidades apenas fabrican sino técnicos. En lo social son notorias nulidades. Continúan llamándose "doctores" pero no superan lo técnico, lo estadístico, lo físico matematizado, lo físico-químico, lo contable... la especialidad progresiva encasillada se impone inexorablemente. Esto es lo que priva, y esto, al parecer de no pocos planificadores, es lo que exige el mundo de hoy si buscamos aprovechar bien los recursos, que pese a los adelantos masificadores se mantienen escasos. Lo humano, lo filosófico y doctrinal vienen a ser un lujo.

Semejante orientación, basada en un complejo de superioridad creado por la seguridad económica, por un sentimiento de bienestar aburguesado y de satisfacción de la vida se trata de incrustar en la pedagogía dirigida a la clase trabajadora. Nada más peligroso para el futuro de ésta. Los hombres "pensantes" fá-

cilmente menosprecian el trabajo manual. Y se creen semidioses; "descienden" hasta el trabajador para dispensarle los favores de una pedagogía intelectualista y de oportunidad, de sus conocimientos aburguesados y, por lo general, deformantes.

Por puro instinto de conservación, esta clase más o menos tradicional y conservadora, amante de la prudencia y de la fuerza, del "confort" material y de una acción sosegada, evolutiva, ponderada e "inteligente" muestra ahora una sensibilidad social inesperada. Pero habrá que tenerlos alejados del ambiente educativo obrero, pues no pueden ocultar que lo económico desborda de un modo obsesivo toda su vida. De ahí, esas aberrantes afirmaciones —que pregonan los ideólogos del tecnicismo— tales como: lo que hace falta es que los hombres trabajadores sean buenos técnicos, buenos soldadores, ajustadores, ebanistas, etc., que dominen sus oficios; la juventud obrera debe ser educada en este sentido. No debe aspirar a una formación más allá de la técnica. Su adecuada formación social significa perder tiempo, energías y dinero.

La educación del trabajador no debe orientarse con un criterio burgués. Hacerlo resulta nocivo, no sólo para la clase trabajadora sino aun para la misma clase empresarial. Esa misma tendencia paternalista del patrón "progresista" que llevado del más loable propósito, crea becas para los jóvenes trabajadores que "les saquen de abajo" convirtiéndolos en profesionales: ingenieros, médicos, economistas, abogados, etc., no deja de ser, si lo examinamos con afinado espíritu crítico, un gran error. Dejar exhausta de valores, de miembros valiosos y hasta de super-dotados, a la clase trabajadora resulta pernicioso. Esos elementos extraídos de la clase a que pertenecen, no hacen sino engrosar, en forma híbrida, aquella que no es precisamente la propia, originaria, y al trasladarse a la nueva, ningún beneficio (o alguno muy pequeño) producen en ella; y, por el contrario, dejan sin valores positivos a la suya propia, que los precisa con urgencia. Mas parece que lo que queremos de verdad es mantenerla hundida en su estado de evidente masificación gregaria, en el "lumprem-proletariat" calificado por Carlos Marx; el más peligroso estado en que puede hundirse el proletariado, muy capaz de arrastrar a la clase trabajadora a situaciones caóticas de la máxima peligrosidad.

La juventud obrera es popular, viene del pueblo. El pueblo no sabe de teorías ni razonamientos. El pueblo quiere lo concreto, lo inmediato, lo práctico ciertamente; mas, tiene alma. No es frío sino caliente. Tiene confianza en la energía social. Es capaz de vibrar hasta el heroísmo por la consecución de un ideal social. Desea con vehemencia la justicia social y la libertad. Y es de su mismo seno de donde deben surgir los cristalizadores de ese idearium que lleva, implícitamente, dentro de sí mismo. Por eso el alma del pueblo, con sus valores y contra-valores, pide a gritos algo más que lo técnico; por eso preconizamos su formación social.

Estamos planteando el problema de las "humanidades obreras". No calcando las humanidades clásicas, sino más bien creando humanidades originales, inspiradas en la sicología popular y capaces de preparar la humana mística de la clase trabajadora y la formación de una gran "élite" de dirigentes obreros sindicales. Por todo eso hemos redactado, en forma aunque

sólo sea sinóptica, estas consideraciones sobre la educación obrera.

LAS CIENCIAS HUMANAS OBRERAS

Los modernos tratadistas de educación proletaria proyectan plena luz sobre un mundo de viejas enseñanzas; las cuales, por cierto, fueron dejadas en la oscuridad y, desgraciadamente, se dejan aún por la llamada enseñanza "oficial". Es un mundo que ha quedado como "subterráneo", permítasenos el término, en ese conjunto de disciplinas que se imparten al trabajador y al dirigente sindical. Es el que verdaderamente constituye el mundo del trabajo. Resulta bien arcaico el concepto de la enseñanza a base exclusiva de relatos de batallas, de narraciones de tratados diplomáticos, de biografías, apologías y antologías de hombres de Estado, de generales, de políticos, literatos y diplomáticos. Es por eso por lo que insistimos en nuestros planteamientos.

Asimismo, hemos de formular nuestra más decidida repulsa hacia las tendencias que tratan de convertir en "gente" al trabajador, imbuyéndole formas de conducta, de conducirse, entresacadas de ridículos manuales de "educación" a lo Carreño y restándole así su propia autenticidad humana y de clase social. Esta viciosa tendencia, inevitable cuando la enseñanza al trabajador se imparte por individuos de extracción burguesa e intelectual, es, lo repetimos, deformadora de una adecuada personalidad proletaria.

Hoy día el hombre (el trabajador), como el niño o el adolescente (el aprendiz) que se lanza a la lucha de la producción para "ganar su vida", deben ser provistos de un bagaje cultural especialísimo; y de modo indefectible, esos conocimientos que se les faciliten han de basarse en dos directrices dominantes: mística laboral y dignidad del trabajador.

Los trabajadores todos, los agricultores, los obreros, los artesanos, todos sin excepción, deben conocer lo que auténticamente son, por qué trabajan y para qué trabajan. No puede aceptarse, de modo alguno, esa ridícula mimetización pseudo-educativa a base de orientaciones de colegios de "niños bien". Por todo lo apuntado insistimos, hasta el cansancio y la saciedad si es menester, en que el trabajador ha de tener plena conciencia de todos los antecedentes históricos de su propia clase, tanto en los variados aspectos de la función creadora, como en aquello que concierne al estudio y defensa de esa misma función. De modo muy concreto y taxativo el trabajador habrá de conocer toda la vital importancia que para él y los suyos implica la Organización Profesional (sindicalismo), y por qué ha sido y es aún rudamente combatida o sinuosamente rechazada.

La educación obrera y la formación sindical no deben prostituirse, ni aun siquiera desviarse, con tendencias paternalistas más o menos embozadas. Y es obligación de cuantos se ocupan de estos menesteres el reforzar, con todas sus fuerzas, con el mayor entusiasmo, con plena decisión, la autenticidad y la dignidad del proletariado. Ambas son la base firme de una genuina educación obrera y de la formación sindical de-

mocráticas. Sin ellas nunca habrá una verdadera democracia laboral, ni tampoco llegaremos a la paz social.

Penetrada por este espíritu de sinceridad y grandeza, la enseñanza que venimos preconizando puede centrarse en dos grandes grupos de conocimientos.

A) Historia del Trabajo.

Civilización y trabajo.
Condiciones del trabajo moderno.
" jurídicas del trabajo.
Sicología del trabajo y Relaciones Humanas.
La automatización.
Técnica y trabajo.
Orientación profesional y aprendizaje.
Filosofía del trabajo.
Geografía Económica.

B) Historia de la Organización Profesional.

Los diversos sindicalismos.
Estudio histórico de sus relaciones con los partidos políticos.
Administración y mando sindical.
Los contratos colectivos: legislación comparada.
La huelga como instrumento de progreso obrero.
Mutualidades y cooperativas.

Este nuevo programa de educación socio-económica, proyectaría una visión renovada sobre el mundo del trabajo, aquel en que los hombres sufren, y han sufrido, por crear y multiplicar los bienes que la humanidad precisa para subsistir. Nuestra firme convicción es el que el trabajador de hoy debe apreciar y medir por sí mismo y mediante el conocimiento histórico, en particular, los progresos obtenidos por el lento proceso de la producción y por el incesante progreso humano. Únicamente así es como puede obtenerse la identificación del trabajador con su propio esfuerzo creador. Es así, solamente, cómo el trabajador puede comprender su verdadero papel social en el esfuerzo universal por un mayor bienestar del hombre, encaminándose hacia cumbres de perfeccionamiento moral y económico en que reine una verdadera justicia social.

Resulta indudable que la Educación Obrera y la Formación Sindical ofrecen el más dilatado campo de iniciativas y de actuaciones al tratar de conseguir el objetivo de orientar al proletariado en su duro camino para alcanzar las metas de una mayor elevación de vida y de justicia social. Por ello la responsabilidad de los organismos sindicales se acrecienta cada vez más. De igual modo la del Estado y, de manera muy especial, la de aquellas entidades que imparten educación al trabajador o promueven la formación de nuevos dirigentes sindicales. Una general preocupación debe animar a quienes se mueven en este especialísimo orden de actuaciones. Eludirla resultaría, sin duda, contribuir a esterilizar cuanto se lleva realizado en el proceso organizativo de las fuerzas del trabajo.

★ ★